

I. Una mirada a la presencia de España y lo español en la obra de Cervantes y su recepción

Santiago A. López Navia

Profesor Titular en la UNIR

Una introducción obligada: la españolidad de un autor por excelencia y de una obra por excelencia

A estas alturas del siglo XXI resulta innecesario argumentar que Cervantes es, con diferencia, el escritor que mejor representa a España ante el mundo, al igual que ocurre con Shakespeare en el caso de Inglaterra. No estoy tan seguro de que en otros países se pueda encontrar un caso que concite tanta unanimidad. Por lo que respecta a España tal vez hay un acuerdo casi mayoritario en reconocer que Galdós sigue a Cervantes en esa representatividad, pero el consenso no será probablemente el mismo a la hora de seleccionar al escritor que complete la tríada. Habrá quienes sitúen a Cela en la cumbre de nuestro Parnaso; habrá quienes, aprovechando la celebración del centenario de su nacimiento este mismo año, reclamen el tercer lugar para Delibes y habrá, por supuesto, quienes defiendan otras candidaturas.

Otro tanto cabe decir de la indiscutible fuerza con la que don Quijote (sobre todo) y Sancho Panza se han convertido en los personajes por excelencia de la literatura española y no solo de la literatura, hasta el punto de que podemos admitir sin temor a exagerar que representan por extensión a España y lo español no solo por el grado de complicidad que concitan en todo receptor mínimamente informado, sea o no lector del *Quijote*, sino por la carga de simbolismo que han venido asumiendo con el paso de los años.

Sigo pensando, y sé muy bien que no es la primera vez que lo digo¹, que un ejemplo rotundo de esta fuerza simbólica se aprecia en esa portada del suplemento *Su dinero* del diario *EL MUNDO* del 5 de enero de 1997 en la que, en vísperas de la entrada en vigor del euro como moneda única europea, la imagen (solo la imagen, insisto) de don Quijote y Sancho Panza son la clara representación de España frente

¹ Véase López Navia, 2005.

a Europa, representada al mismo tiempo por la silueta del mapa europeo y por el símbolo de las estrellas de su bandera. La ecuación es sencilla: en términos de representatividad un único signo (un icono), la imagen de los personajes, vale tanto como la combinación de un icono (el mapa de Europa) y un símbolo (las estrellas que, dispuestas en círculo, remiten a su unidad). No creo que sea necesario insistir mucho más en la españolidad de nuestro escritor y nuestro personaje literario por excelencia: dos claves españolas, en sintonía con el título del congreso que nos convoca y que rinde un claro y más que merecido homenaje a Julián Marías.

Una breve mirada a España y lo español en la obra de Cervantes

Aunque Américo Castro nos recuerda que no encontramos en Cervantes “una idea de conjunto acerca de España”², y sin la pretensión de ser exhaustivo, me propongo repasar a continuación algunas muestras significativas de la presencia de España y lo español en la obra cervantina. Mi recorrido empieza por *El cerco de Numancia* (c. 1581-1587), en la que la misma España se presenta a sí misma como “la sola desdichada”³ y “esclava de naciones extranjeras”(v. 370) y solicita, conmovida por la desdicha de los numantinos asediados por el ejército romano, la protección del río Duero. Respondiendo a su llamada, el Duero deja clara constancia en su profecía de que nada puede hacerse para cambiar el aciago destino de los numantinos, defensores de su libertad hasta las últimas consecuencias. La historia, en todo caso, le llevará a España el consuelo de:

“que no podrán las sombras del olvido
escurecer el sol de sus hazañas,
en toda edad tenidas por extrañas”⁴.

Tras profetizar otros momentos históricos que irán abonando la redención y la grandeza de España, el río Duero llega hasta Felipe II, que traerá la hegemonía sobre el mundo y la unidad del imperio, especialmente por lo que toca a la reinte-

² Castro, 1970, p. 219.

³ Sigo la edición de Robert Marrast (Madrid, Cátedra, 1984), aunque en algún caso corrijo alguna errata. La cita corresponde al verso 360.

⁴ *La Numancia*, vv. 462-464.

gración de Portugal, anexionada en 1580 y después separada. La visión de este futuro glorioso debe confortar a la España dolorida por la adversidad inevitable que se cierne sobre Numancia:

“Pero el que más levantará la mano
en honra tuya y general contento,
haciendo que el valor del nombre hispano
tenga entre todos el mejor asiento,
un rey será, de cuyo intento sano
grandes cosas me muestra el pensamiento:
será llamado, siendo suyo el mundo,
el segundo Filipo, sin segundo.
Debajo de este imperio tan dichoso,
serán a una corona reducidos
por bien universal y tu reposo
tres reinos hasta entonces divididos;
el jirón lusitano tan famoso,
que un tiempo se cortó de los vestidos
de la ilustre Castilla, ha de zurcirse
de nuevo a su estado antiguo unirse.
¡Qué envidia, qué temor, España amada,
te tendrán mil naciones extranjeras,
en quien tú teñirás tu aguda espada
y tenderás triunfando tus banderas!”⁵

Francisco Vivar destaca la clara identificación entre Numancia y España y la relación entre el destino de la primera y el futuro de la segunda a la luz de la profecía del río Duero, que encuentra el origen del imperio español en la resistencia de los

⁵ *La Numancia*, vv. 505-524.

numantinos y su culminación en la figura de Felipe II y la realización del destino del imperio con la unidad de los pueblos de la Península Ibérica, lo cual sitúa al lector “ante un hecho histórico de suma importancia y actualidad: la formación del estado moderno”⁶. Por lo que respecta a la coherencia que se desprende de la continuidad temporal reflejada en la obra, los españoles deben enorgullecerse de sus orígenes numantinos y no desistir ante el sentido de unidad y el valor que representa esta herencia.

A diferencia de Vivar, Cerstin Bauer-Funke no cree apreciar un discurso patriótico claro y se pregunta si Cervantes se está permitiendo un ejercicio de audacia en el contexto de la España imperial de Felipe II. En este sentido, Bauer-Funke apunta a la posibilidad de que el tratamiento de la lucha por la libertad de los numantinos ante el ejército romano sea una referencia a las aspiraciones de Portugal, las Alpujarras o Flandes y “con la representación elogiosa de los numantinos como pueblo rebelde se filtra [...] un discurso político con fuertes tintes heterodoxos”⁷, en todo caso alejado de la perspectiva oficial de la España de los siglos de oro y crítico con respecto al rey.

En *La señora Cornelia* (1613)⁸ leemos la alta estima que Lorenzo Bentibolli profesa al valor de los españoles a tiempo de reclamar la protección y la compañía de don Juan de Gamboa:

“Vos, señor, me habéis de hacer merced de venir conmigo, que, llevando un español a mi lado, y tal como vos me parecís, haré cuenta que llevo en mí guarda los ejércitos de Xerxes. Mucho os pido, pero a más obliga la deuda de responder a lo que la fama de vuestra nación pregona”⁹.

En su obra ya citada, Américo Castro selecciona con excelente tino diferentes contextos de las obras de Cervantes en los que se elogia a los diferentes pueblos de España: la cortesía, la lealtad y la hospitalidad de los catalanes en *Las dos doncellas* (1614), en un sentido muy parecido al que llevará a Cervantes a referirse a Barcelona como “archivo de la cortesía” en el capítulo II, 72 del *Quijote*, y su elevado sentido de la honra en el *Persiles* (“gente que con facilidad da la vida por la honra”¹⁰); la belleza de Valencia y sus mujeres y la gracia de su lengua en el mismo capítulo del

⁶ Vivar, 2000, p. 17.

⁷ Bauer-Funke, 2011, p. 39.

⁸ Sigo el texto de *La señora Cornelia* en la edición de las *Novelas ejemplares* de Frances Luttikheizen (Barcelona, Planeta, 1994).

⁹ *La señora Cornelia*, p. 551.

¹⁰ *Persiles*, III, 12. Cito por la edición de Carlos Romero (Madrid, Cátedra, 1997).

Persiles y las virtudes (sobre todo la bondad) de los vascos frente a los deméritos de los gallegos (su menor sentido de la puntualidad y el miramiento) en *La señora Cornelia*, ya citada con anterioridad.

De nuevo el proverbial valor, la gallardía y el amor a la libertad de los españoles son tratados en el momento del diálogo entre Andrea y el cautivo Madrigal en *La gran sultana* (1615), en el que la primera exclama “¡Español sois sin duda!”¹¹ tras la declaración de los propósitos del segundo:

“que he de romper por montes de diamantes
y por dificultades indecibles,
y he de llevar mi libertad en peso
sobre los propios hombros de mi gusto,
y entrar triunfando en Nápoles la bella
con dos o tres galeras levantadas
por mi industria y valor...”¹².

Julián Marías ve en las palabras de Andrea y en la orgullosa respuesta de Madrigal (“Y soylo, y soylo, / lo he sido y lo seré mientras que viva, / y aun después de ser muerto ochenta siglos”¹³) la expresión de:

“la trayectoria permanente de Cervantes: ser español [...] Una instalación en la condición española, en lo que llama, con una palabra poco frecuente pero que Cervantes usa alguna vez, “españolía” [...] Entre las muchas instalaciones hay una que es la condición histórico-social, algo más profundo que el estamento o clase; la pertenencia a un país, cuando es auténtica e intensa, es una instalación en una forma particular de humanidad. Esta es, creo yo, la instalación fundamental de Cervantes, receptora de todas las demás que se

¹¹ Sigo la edición de Florencia Sevilla en la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes (Alicante, 2001). A tiempo de redactar la versión final de este trabajo me llega la triste noticia del fallecimiento de Florencio Sevilla el 16 de diciembre de 2020. Sirvan estas líneas como recuerdo afectuoso a su persona y como humilde homenaje a su extraordinaria obra filológica. La cita corresponde al verso 522.

¹² *La gran sultana*, vv. 511-517.

¹³ *La gran sultana*, vv. 522-524.

superponen al ir surgiendo en distintos estadios de su vida. Es lo primero que habría que decir de Cervantes”¹⁴.

El carácter indómito de los españoles, su amor a la libertad, su capacidad para sobreponerse a la adversidad y el sentido del honor que impregna el cumplimiento de su palabra quedan perfectamente reflejados en las palabras a caballo entre el desdén y la admiración que en la jornada cuarta de *El trato de Argel* (c. 1582) pronuncia el rey musulmán a tiempo de ordenar el castigo para el cautivo malagueño que ha sido capturado tras un intento fallido de fuga de su prisión:

“¡No sé qué raza es esta destos perros
cautivos españoles! ¿Quién se huye?
Español. ¿Quién no cura de los hierros?
Español. ¿Quién hurtando nos destruye?
Español. ¿Quién comete otros mil yerros?
Español, que en su pecho el cielo influye
un ánimo indomable, acelerado,
al bien y al mal contigo aparejado.
Una virtud en ellos he notado:
que guardan su palabra sin reveses”¹⁵.

En *Los baños de Argel* (1615) Cervantes vuelve a poner de relieve las virtudes que adornan a los españoles. Su valor indeclinable, su persistencia y su amor por la libertad se aprecian en la primera jornada en el diálogo que mantiene con el moro Carahoja un cautivo cristiano que ha sido capturado y condenado a perder las orejas tras un nuevo intento de fuga. Su determinación no puede estar más clara, y la coherencia entre su actitud imbatible y su condición de español queda más que acreditada en el breve intercambio de preguntas y respuestas que Carahoja mantiene con un guardián:

¹⁴ Sigo el texto a partir de la edición de 1990, p. 104.

¹⁵ Sigo la edición de Florencio Sevilla en la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes (Alicante, 2001), vv. 405-414.

“CRISTIANO:

Si las prisiones no doblas,
haz cuenta que me has perdido:
que aunque me desmoches todo,
y me pongas de otro modo
peor que este en que me veo,
tanto el ser libre deseo,
que a la fuga me acomodo
por la tierra o por el viento,
por el agua y por el fuego;
que, a la libertad atento,
a cualquier cosa me entrego
que me muestre este contento.
Y, aunque más te encolerices,
respondo a lo que me dices,
que das en mi huida cortes,
que no importa el ramo cortes,
si no arrancas las raíces.
Si no me cortas los pies,
al huirme no hay reparo.

GUARDIÁN:

Carahoja, ¿este no es
español?

CARAHOJA:

¿Pues no está claro?

¿En su brío no lo ves?"¹⁶

El valor de la palabra de los españoles, que antes vimos convenientemente reconocido por el rey en *El trato de Argel*, aquí es convenientemente reivindicado ante Costanza, esclava de Cauralí, por el cautivo don Lope:

"COSTANZA:

Gentilhombre, ¿sois de España?

DON LOPE:

Sí, señora; y de una tierra
donde no se cría araña
ponzoñosa, ni se encierra
fraude, embuste ni maraña,
sino un limpio proceder,
y el cumplir y el prometer
es todo una misma cosa"¹⁷.

Así lo reafirma don Lope a tiempo de despedirse de su amada, la mora Zahara, a quien promete volver con ella en un plazo de ocho días poniendo como garantía del cumplimiento de su palabra su triple condición de español, cristiano y caballero:

"DON LOPE:

Cristiano y español soy,
y caballero, y te doy
mi fe y palabra de nuevo
de hacer lo que en esto debo"¹⁸.

¹⁶ Sigo la edición de Florencio Sevilla en la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes (Alicante, 2001), vv. 529-550.

¹⁷ *Los baños de Argel*, vv. 741-748.

¹⁸ *Los baños de Argel*, vv. 699-702.

No se puede olvidar la fidelidad de los españoles a su religión, como ilustra el niño cautivo Francisquito, insensible ante la insistencia de su amo el cadí para que reniegue de su condición de cristiano y abrace el Islam. Así se lo dice a su hermano Juanico:

“FRANCISQUITO:

No pienses que he de ser moro,
por más que aqueste inhumano
me prometa plata y oro,
que soy español cristiano”¹⁹.

La fe del pequeño esclavo español no cede ni siquiera ante el castigo físico, y así se lo advierte el rey Hazán Bají al cadí cuando este insiste en azotarle haciendo, por medio de una enumeración de contundentes adjetivos, un inventario muy revelador de los rasgos que definen el carácter español: la terquedad, la insistencia, la fiereza, la arrogancia (el rasgo de los españoles más frecuente en Cervantes según Américo Castro), la pertinacia, la actitud indómita y la osadía. El fragmento que transcribo es muy elocuente:

“Pues no te canses,
que es español, y no podrán tus mañas,
tus iras, tus castigos, tus promesas,
a hacerle torcer de su propósito.
¡Qué mal conoces la canalla terca,
porfiada, feroz, fiera, arrogante,
pertinaz, indomable y atrevida!
Antes que moro, le verás sin vida”²⁰.

El arrojo un punto suicida propio de los españoles queda demostrado poco más adelante en el diálogo que mantiene con Hazán Bají un cristiano que ha sido

¹⁹ *Los baños de Argel*, vv. 986-989.

²⁰ *Los baños de Argel*, vv. 462-469.

capturado tras un intento de fuga por mar en una balsa precaria e inestable en la que, “confiado en el cielo y en el viento”²¹, se conforma con no hundirse y alcanzar “cualquier ribera de cristianos”²². La observación del rey y la respuesta del cristiano son de una evidente elocuencia:

“REY:

¡En fin, español eres!

CRISTIANO:

No lo niego”²³.

Pero el fragmento que me parece en verdad relevante para entender la actitud de Cervantes en relación con España y su compleja diversidad se encuentra en el capítulo II, 54 del *Quijote*, en donde leemos los argumentos del morisco Ricote, paisano de Sancho, que ha regresado de su destierro desafiando la resolución de Felipe III para desenterrar el tesoro escondido en las afueras de su pueblo. Ricote entiende que la pena que pesa sobre los moriscos es tan justa como rigurosa, porque sus circunstancias religiosas no se sustraen a los sentimientos que le mueven como español dolorido por la ausencia de su patria y que expresa en unas palabras extraordinariamente conmovedoras:

“Doquiera que estamos lloramos por España; que, en fin, nacimos en ella y es nuestra patria natural [...] No hemos conocido el bien hasta que le hemos perdido; y es el deseo tan grande que casi todos tenemos de volver a España, que los más de aquellos, y son muchos, que saben la lengua como yo, se vuelven a ella, y dejan allá a sus mujeres y sus hijos desamparados: tanto es el amor que la tienen; y agora conozco y experimento lo que suele decirse: que es dulce el amor de la patria”²⁴.

Fernando Plata²⁵, a cuya completa revisión bibliográfica remito en torno a los principales estudios sobre el sentido de este capítulo de la segunda parte del *Quijote*,

²¹ *Los baños de Argel*, v. 485.

²² *Los baños de Argel*, v. 488.

²³ *Los baños de Argel*, v. 491.

²⁴ Cito el texto por la edición de Martín de Riquer (Barcelona, Planeta, 1980).

²⁵ Plata, 2015. No es objeto de mi trabajo referir ni reseñar en este punto la amplísima bibliografía dedicada al episodio de Ricote en particular y a Cervantes y los moriscos en general. Tomo como referencia a título de ejemplo los trabajos de Villar y Plata, de reciente publicación, renunciando a la

hace notar que el morisco Ricote representa la tragedia de los españoles que han tenido que marcharse de España, más sencilla y menos heroica que la vivida en otros momentos que han merecido una mayor atención, y destaca la altura de miras de un Cervantes adelantado a su tiempo que no le resta a Ricote la condición de español por el hecho de hablar la lengua morisca (sin más detalles) sin dejar de ser capaz de expresarse en la lengua española:

“Solo el “desarraigado” puede, literalmente, conocer y sentir y ver la raíz de ese ser español y comprobar, como Ricote, lo inútil de querer plantar esa raíz en suelos foráneos que la rechazan y donde nunca podrá enraizarse totalmente el español trasterrado. Y notémoslo ya: Ricote es musulmán, pero es cristiano; se expresa en castellano, pero su lengua es otra, la “morisca”. Ricote, bilingüe, no por eso menos español [...] ¡Qué grandeza intelectual la de Cervantes, qué lejos de la cicatería de quienes, siglos después, identificarán lengua y nación!”²⁶

En un sentido similar, y extendiendo el sentir de Ricote a los acontecimientos históricos de 1492, Alicia Villar²⁷ se plantea una hipótesis sin duda interesante y en todo caso coherente con la perspectiva amplia y tolerante de Cervantes, que “indirectamente deja entrever el despiadado trato que sufrió el pueblo judío, que desembocó en su expulsión, en el siglo XV”²⁸.

Algunos ejemplos representativos de la visión de España y los españoles en la recepción del *Quijote*

Pretendo, en este punto, ofrecer algunas muestras relevantes de la presencia de España y los españoles en la recepción de la obra de Cervantes en determinados momentos históricos que suscitan un singular interés, como aspiro a demostrar. Para ello prestaré especial atención al *Quijote*, por razones obvias y, sin renunciar a hacer alguna incursión en otros ámbitos, cargaré las tintas en las recreaciones narrativas, que nutren en mayor medida el corpus de la recepción de la obra cervantina

fácil tentación de ampliar sin medida lo que pretende ser una visión panorámica de la presencia de España en la obra de Cervantes y sus recreaciones. Por razones obvias no puedo dejar de citar, en cualquier caso, los trabajos de Márquez Villanueva (1975, 1984 y 2010).

²⁶ Plata, 2015, p. 268.

²⁷ Villar, 2008.

²⁸ Villar, 2008, p. 190.

y han demostrado ser más permeables que las propias de otros géneros a las actitudes impregnadas por las diferentes posiciones ideológicas de sus autores.

Es comprensible que nuestro recorrido comience en los años próximos a la muerte de Cervantes, en los que ya se aprecia su influencia inmediata en el contexto histórico de la crisis del siglo XVII. Joan Estruch²⁹, a quien seguimos en este punto, estudia el alcance de la popularidad de Cervantes y el *Quijote* en la última década de la primera mitad del siglo, que justifica que la obra se utilice como recurso para abonar los argumentos de quienes se pronuncian ante algunos de los acontecimientos que sacuden el reinado de Felipe IV.

El primero de estos acontecimientos es la sublevación catalana del 7 de junio de 1640, que suscita los ataques a la deslealtad de los catalanes que se vierten en la *Justificación real*, cuyo autor anónimo toma partido por la monarquía española³⁰. Frente a esta postura adversa a Cataluña se manifiesta el autor, también anónimo, de *Cataluña defendida por sus émulos*, publicada en 1641, que se refiere a Cervantes como uno de los autores que, junto al jurista Miguel Martínez del Villar y el escritor Vicente Espinel (entre otros), pueden entenderse como valedores de la lealtad indiscutible del pueblo catalán.

El segundo acontecimiento histórico de interés para el caso que nos ocupa es la rebelión de Portugal, unos meses posterior a la de Cataluña, defendida por Antonio Sousa Macedo en *Lusitania liberata ab iniusto Castellorum dominio*, publicado en Lisboa en 1645 y refutada tres años después por Nicolás Fernández de Castro en *Portugal convencida con la razón para ser vencida con las católicas potentísimas armas de D. Felipe IV*, publicado en Milán, cuyo autor emplea la comparación entre Sousa Macedo y don Quijote para deslegitimar sus argumentos por la vía de la ridiculización de su conducta desquiciada. Obsérvese cómo el mismo eje literario, conformado por el autor (en el primer caso) y su principal personaje (en el segundo), se convierte en un recurso que vale para abonar, respectivamente, los argumentos favorables al territorio sublevado y los que avalan las tesis de la monarquía de Felipe IV. En efecto, tal como observa Estruch, “el *Quijote* se había convertido en un signo polivalente

²⁹ Estruch, 1992.

³⁰ Estruch sugiere que la autoría de la *Justificación real* puede atribuirse a Alonso Guillén de la Carrera, que respondería así a un encargo del conde-duque de Olivares.

que los bandos más dispares y antagónicos podían utilizar al servicio de sus ideologías”³¹.

El segundo periodo que nos interesa revisar es la Guerra de Independencia contra la invasión francesa. En este contexto histórico Napoleón simboliza la locura quijotesca en plena sintonía con las imitaciones del *Quijote* que se publican en el siglo XVIII y en las primeras décadas del siglo XIX, en las que el personaje por excelencia de Cervantes representa el alejamiento de la ortodoxia predominante en España frente a las ideas ilustradas procedentes de Francia. Así, en *El Don Quijote de ahora con Sancho Panza el de antaño* de Francisco Meseguer, publicado en 1809³², asistimos a la discusión entre Napoleón Bonaparte, “el Quijote de ahora”, que encarna a la Francia invasora, con “Sancho Panza el de antaño”, fiel representante de la España tradicional sometida por el enemigo francés, quien ve en Napoleón a un “caballero andante contrahecho, porque [...] hace todas las cosas al revés de cómo las hacía mi amo”³³.

A diferencia del verdadero don Quijote, empeñado en “enderezar los tuerzos”, leemos poco más adelante que Napoleón “todo lo va torciendo por donde pasa”, como demuestran la imposición del reinado de su hermano José y la confianza perniciosa que deposita en Godoy, que aquí aparece como un traidor en toda regla. La respuesta de Napoleón consiste en afejar la conducta de Sancho como propia de un español “bárbaro y estúpido”³⁴, a lo que este replica con un completo inventario de las virtudes características de los españoles, entre las que destacan la religiosidad, la laboriosidad y la honradez.

³¹ Estruch, 1992, p. 117. En un sentido muy parecido a lo que representa este “signo polivalente” enunciado por Estruch se expresa Francisco Cuevas a propósito de las imitaciones del *Quijote* de finales del siglo XVIII y primeros años del XIX: “La figura quijotesca servirá para realizar sátira de costumbres desde la dualidad del personaje y de la distinción *Quijote*/don Quijote que se vuelve difusa, de ahí que la etiqueta *quijote* pudiera utilizarse despectiva o elogiosamente”(Cuevas, 2013, p. 408).

³² Francisco Meseguer, *El Don Quijote de ahora con Sancho Panza el de antaño*, impreso en Córdoba y por su original en México en la oficina de Doña María Fernández de Jáuregui, calle de Santo Domingo, año de 1809. Junto a las ediciones de este opúsculo de diecinueve páginas publicado en Córdoba y México hay otra edición en Murcia también publicada el mismo año. Sigo el texto en el ejemplar de la Biblioteca Nacional con signatura Cerv. Caja 27 n° 30.

³³ Meseguer, 1809, p. 9.

³⁴ Meseguer, 1809, p. 17.

En la misma línea, en 1813 ve la luz la anónima *Napoleón o el verdadero D. Quijote de la Europa*³⁵, cuyo autor, autoproclamado “español amante de su patria y de su rey” desde el mismo título del libro, se convierte en paladín del rey Fernando VII, a quien, como reclama en la “Dedicatoria”, deben reivindicar los españoles “buenos y leales” frente a un Napoleón cuyo desquiciamiento quijotesco se manifiesta, por ejemplo, en la abolición del tribunal de la Inquisición y en la exageración con la que alude a sus numerosos efectivos militares. Por extensión, las desviaciones quijotescas afectan a las pretendidas fanfarronadas del ejército francés, especialmente a propósito de la defensa de Madrid, en la que la actitud valiente, ruidosa y aguerrida de los madrileños tiene en las tropas enemigas el mismo efecto adverso que “el ruido de los batanes y los molineros del barco encantado” causó en don Quijote³⁶.

La relación de don Quijote con España y el carácter español vuelve a manifestarse durante el Desastre del 98 en dos obras tan interesantes como singulares: el cuento “D.Q.” de Rubén Darío, publicado en 1899, ejemplo de continuación heterodoxa, y la novela *El alma de don Quijote* de Jerónimo Montes, imitación narrativa de corte inequívocamente panfletario publicada en 1904³⁷. Ambas se afanan, con méritos literarios dispares, en reivindicar el honor de España, militarmente derrotada por la insurrección nacionalista en Filipinas y por el ejército estadounidense en Cuba, bien entendido que las actitudes de los protagonistas son muy diferentes: mientras que D.Q., el misterioso abanderado de la compañía del Ejército de Tierra de España, a quien conocemos solo por sus iniciales por lo demás inconfundibles,

³⁵ *Napoleón o el verdadero D. Quijote de la Europa, o sean comentarios crítico-patriótico burlescos a varios decretos de Napoleón y su hermano José, distribuidos en dos partes y cincuenta capítulos. y escritos por un español amante de su patria y de su rey desde primeros de febrero de 1809 hasta finales del mismo año*, Madrid, imprenta de Ibarra, 1813. Sigo el ejemplar de la Biblioteca Nacional Cerv. Sedó 5481-4 en cuatro volúmenes (el primero de ellos incompleto). Remito a las autorizadas consideraciones de Álvarez de Miranda (2004) para los detalles que afectan a la autoría de la obra. Me he ocupado de esta obra y de la de Meseguer de forma más extensa en un trabajo anterior (López Navia, 2008).

³⁶ *Napoleón o el verdadero D. Quijote de la Europa*, 1813, p. 33. Es evidente la alusión a dos episodios del *Quijote*: la aventura de los batanes (I, 20) y la aventura del barco encantado (II, 29), y más concretamente al encuentro con los molineros que, con sus voces, pretenden advertir a los protagonistas del peligro que corren cuando su barco se aproxima a las ruedas de un molino de agua.

³⁷ El cuento “D.Q.” de Rubén Darío se publica por primera vez en 1899 en el *Almanaque Peuser* de Buenos Aires. El lector interesado puede leerlo en los *Cuentos fantásticos* del poeta nicaragüense, recopilados por José Olivio Jiménez en 1982 en Alianza Editorial, que tengo a la vista. La novela de Montes se publica por primera vez en 1904 en Ediciones El Buen Consejo (sigo la tercera edición, de 1963, publicada en la misma editorial). He dedicado varios trabajos a estas dos obras. Remito al último de ellos, cuya publicación se prevé en 2021 en la revista *Hipogrifo*.

se arroja al abismo eligiendo un final heroico y terrible antes que someterse a entregar la bandera española al enemigo, el coronel retirado César Iturralde, quijotesco protagonista de la novela de Montes, se propone recuperar Cuba y Filipinas liderando una quimera militar que solo puede acabar desastrosamente.

Aunque ambas obras están movidas por una inequívoca animadversión a los Estados Unidos de América, tratados expresamente como “piara de cerdos”³⁸ por Montes frente al “noble león de España”³⁹, sus actitudes ideológicas se adscriben a orientaciones diferentes. La novela de Montes no disimula su actitud racista frente a los filipinos y los mestizos, ni su antirrepublicanismo militante ni su postura evidentemente antiliberal. De acuerdo con Jáuregui (1998), el cuento de Rubén Darío debe entenderse en el registro temático del calibanismo, que ve en el personaje Calibán de *La Tempestad* de Shakespeare (1611) un símbolo adecuado para reivindicar los elevados valores de la cultura hispánica frente al capitalismo estadounidense. Es evidente la amplitud identitaria que abarca lo hispánico en Rubén Darío, que le concede al adjetivo una dimensión extensa y transversal, frente a la mirada restrictiva de Montes, radicalmente españolista, que no hispanista.

Es de la mayor importancia poner de relieve que en estas circunstancias históricas las miradas nacionalistas a don Quijote no son exclusivamente españolistas. Como muy bien ha estudiado Carme Riera⁴⁰, a quien seguimos ahora, este es un momento histórico en el que la crisis motivada por la pérdida del poder colonial de España coincide con una especial efervescencia del nacionalismo catalanista que, sobre todo a partir de los postulados de Pompeu Gener, ve en el personaje una conducta desquiciada propia de un españolismo rancio, opinión refrendada por Josep Pijoan cuando contrapone al barcelonés Antonio Moreno, pragmático y racional, con el castellano don Quijote, representante de un idealismo alejado de su tiempo.

Tal como con todo acierto ha estudiado Eric Storm⁴¹, de cuya mano vamos en este punto, la celebración del centenario de la primera parte del *Quijote* en 1905 se propone, en cierto sentido, volver por los fueros del nacionalismo español, que había quedado muy tocado tras la pérdida de las colonias de ultramar. De hecho, en un momento como aquel (y si se me permite la obviedad, al igual que en cualquier otro momento de la historia de España), en el que resultaba muy difícil concitar la adhesión de todas las sensibilidades políticas, nacionalistas y culturales, se daba en

³⁸ Montes, 1904, p. 205.

³⁹ Montes, 1904, p. 199.

⁴⁰ Riera, 2005.

⁴¹ Storm, 1998.

suponer que la figura de don Quijote podría ser lo suficientemente atractiva como para unir al país.

Resulta en verdad curioso, en este contexto, que Ramiro de Maeztu se alejase excepcionalmente de este entusiasmo generalizado empeñado en sostener que en realidad el personaje encarnaba la manifestación más clara de una España cansada, muy poco apropiada para dinamizar los afanes patrióticos en un momento en el que se trataba precisamente de levantar la cabeza. La actitud de Maeztu es muy diferente, como observa Storm, a la de otros hombres públicos de este periodo. El obispo Ignacio Montes de Oca y Obregón, por ejemplo, elogia a Cervantes como quien encarna a la perfección los valores de España y la fe cristiana. José Canalejas celebra que Cervantes haya sacado a don Quijote de la locura y entiende que esa misma vuelta a la razón debería guiar a una España laboriosa dispuesta a recuperar su grandeza, y Francisco Navarro Ledesma ve en don Quijote la figura de un padre que puede guiar a España en su resurgir como nación.

Y llegamos, por fin, a algunas obras literarias de los siglos XX y XXI, no menos interesantes por menos conocidas, en las que la recreación de don Quijote vuelve a poner el foco en su condición simbólica de España y lo español, con un claro sesgo españolista que en algún caso resulta muy evidente. La primera de las tres novelas de las que me voy a ocupar representa un caso en verdad atípico en el corpus de las recreaciones narrativas del *Quijote*. Me refiero a *Don Quijote y Tío Sam* de Nicasio Pajares, publicada en 1930⁴², “novela pseudohistórica y fantástica” como muy acertadamente reconoce su subtítulo, adscribible en todo caso a la categoría de las continuaciones heterodoxas de la novela original, en la que don Quijote adquiere la condición simbólica de elemento aglutinante de un panorama identitario tan complejo y plural como el español.

Al principio de la recreación de Pajares España se nos presenta, con una intención igualmente simbólica, como una casa solariega que camina hacia la ruina. Movido por sus ideales y estimulado por su madre, don Quijote convoca a un ramillete de personajes que, siempre en la misma línea simbólica que viene marcando el tono de la novela, representan con claridad a las diferentes identidades territoriales del país: el catalán don Xaume de Tarrasa, el gallego don Farruco del Agro, el andaluz don Maolillo (*sic*) de Triana y el vasco don Iñasi de Guernica. Todos ellos son llamados por el caballero a salvar las diferencias que los separan y la consecuente

⁴² Nicasio Pajares, *Don Quijote y Tío Sam. (Novela pseudohistórica y fantástica)*, Madrid, Compañía Ibero-Americana de Publicaciones, 1930.

indolencia en la que se sume España en pro de una reconquista del mundo que le perteneció, usando para ello “el arma prócer e invencible”⁴³ de la lengua española, contra la cual atenta el Tío Sam, archiconocido símbolo a su vez de la identidad estadounidense.

A lo largo del resto de la novela asistimos a una sucesión de profecías delirantes de la mano de una médium que nos presenta la visión de diferentes episodios futuros en los que don Quijote (o Quijano, en su caso) siempre representa simbólicamente a España. Así, en el año 1970 —recuérdese que la recreación de Pajares se publica cuarenta años antes— España resiste al lado de Gran Bretaña y Estados Unidos la “gran avalancha roja”⁴⁴, encarnada por Rusia y China, que amenaza a Europa. Esta eficaz alianza entre las tres potencias se consuma nada menos que en 2025 y nada menos que en El Toboso, a la sazón capital de nuestro país, que ahora es la Federación Anarco-Matriarcal Ibérica, presidida por don Quijote a perpetuidad y *ad honorem*, en la que la jornada de trabajo se reduce a ocho horas semanales.

En esta misma línea representativa del nacionalismo españolista más entusiasta debe entenderse *La estancia de don Quijote y Sancho en Don Benito* de Francisco García Núñez⁴⁵, continuación heterodoxa publicada en 2006 al socaire del cuarto centenario de la publicación del *Quijote*, en la que el caballero es el paladín de la defensa sin reservas ni concesiones de la unidad nacional, amenazada por el avance de las pretensiones nacionalistas de catalanes y vascos en la España de las autonomías, que “estaban poniendo en peligro no solo el buen vivir de los españoles, sino la buena armonía que reina entre sus pueblos”⁴⁶. Por descender al detalle personal, la inquina de don Quijote se vierte contra la “actitud arrogante” de Juan José Ibarretxe y Pascual Maragall, a la sazón *lehendakari* del gobierno vasco y *president* de la Generalitat, respectivamente.

Por fin, y más recientemente, el sociólogo Amando de Miguel publica la novela *Don Quijote en la España de la reina Letizia*⁴⁷, nueva continuación heterodoxa en cuyos capítulos X y XI se le da un buen repaso a la situación de la España en esos años. Así, en el contexto de una entrevista ofrecida al medio ficticio *Libertad Dactilar*, trasunto de un periódico de nombre muy parecido y fácil de identificar por el lector avisado, don Quijote aprecia que en nuestro país son más comunes los vicios que

⁴³ Pajares, 1930, p. 31.

⁴⁴ Pajares, 1930, p. 125.

⁴⁵ Badajoz, Proines. Me he ocupado con más detalle de esta obra en otro trabajo anterior (López Navia, 2008).

⁴⁶ García Núñez, 2006, p. 10.

⁴⁷ Barcelona, Stella Maris, 2016.

las virtudes. En este sentido, el protagonista lamenta la propensión de los españoles a la mentira, la venalidad y la pereza.

Para que no falten espacios de actualidad que propicien su proyección mediática, don Quijote participa en la tertulia del programa “*El acabose*”, tan ficticio como el canal en el que se emite, TV14, junto a contertulios cuya fingida identidad remite a periodistas reales cuyo modelo no resulta difícil desentrañar. En esta ocasión, y volviendo por el camino que ya abrió en su momento García Núñez, el caballero deja ver su vena españolista y manifiesta que las aspiraciones de ciertos grupos políticos a un Estado federal es un subterfugio para facilitar la separación de Cataluña, las Provincias Vascongadas (*sic*) y Navarra, que se justifica por la voluntad de perpetuarse en el poder de las “familias que mandan”⁴⁸ en esos territorios autonómicos. Esa pretensión separatista no puede ser más desafortunada: “Tratar de regresar al medievo, como veo que hacen los nacionalistas, constituye un delito de alta traición, aquí y en San Petersburgo”⁴⁹. A este panorama tan adverso se añade la amenaza que para don Quijote representan los gigantes contra los cuales hay que luchar ahora, el más feroz de los cuales es la proverbial corrupción de los políticos.

Si bien se mira, en todos los ejemplos que hemos revisado desde el siglo XVII hasta nuestros días la actitud que caracteriza a don Quijote frente a los conflictos identitarios propios de una realidad tan compleja como la española es claramente reactiva (y en algún caso, desde luego, un punto reaccionaria), desde el momento en que se justifica esencialmente como una respuesta que surge a partir de la afirmación de España ante los enemigos militares o las amenazas del nacionalismo separatista.

Me parece muy oportuno cerrar este recorrido con la acertada reflexión final de Julián Marías, a quien evoca inequívocamente la ocasión que nos reúne, sobre la huella y la presencia de Cervantes en España y que establece una interesante relación basada en la actitud predominante en cada momento histórico de nuestro país, de modo que el dominio del hermoso concepto del “amor inteligente” justifica su peso y su vigor en un decurso discontinuo e irregular, pero en todo caso claramente definido:

“Cuando surge la apatía o la indiferencia o, todavía peor, el odio, Cervantes se pierde, desaparece del horizonte. Cuando, por el contrario, domina en España el entusiasmo, el no importar el fracaso por algo que vale la pena, en

⁴⁸ De Miguel, 2016, p. 139.

⁴⁹ De Miguel, 2016, p. 140.

suma, el amor inteligente, entonces España es fiel a su condición cervantina. Se podría escribir nuestra historia al hilo de esa presencia o esta ausencia, y entonces adquiriría un relieve con el que no se nos suele presentar; y nos encontraríamos con que España, en gran medida, más de lo que se piensa, aunque de manera discontinua, con desviaciones y desmayos, ha seguido siendo cervantina”⁵⁰.

En conclusión, y partiendo de la evidencia que supone la radical representatividad de España que asumen Cervantes y su principal personaje, la presencia de España y de lo español es recurrente en la obra cervantina, en la que se ponen en evidencia sus principales virtudes: el valor, rayano a veces en la fiereza y otras veces en la temeridad; la gallardía, que deviene no pocas veces en arrogancia; el amor a la libertad propio del carácter irreducible de los españoles; su resiliencia; su acreditado sentido del honor, particularmente traducido en el compromiso ligado a la palabra dada; su persistencia (vista a veces como terquedad); su lealtad como cristianos y la condición diversa y plural de un país en el que todos importan, incluso aquellos que, como los moriscos, han sido condenados al dolor del destierro sin perder por ello el amor debido a la patria perdida y añorada.

Por lo que respecta a la recepción de Cervantes y su obra, y muy especialmente en cuanto toca al *Quijote*, la perspectiva varía en función de las circunstancias históricas, en las cuales, como en el contexto de la crisis del siglo XVII, el autor y su principal personaje pueden servir al mismo tiempo a intereses tan dispares como la afirmación de los valores propios de la unidad imperial y la legitimación de las actitudes de quienes reaccionan contra ella.

Resulta igualmente interesante constatar cómo la percepción de la españolidad de don Quijote no es siempre uniforme. Así, en el contexto histórico de la Guerra de Independencia en los albores del siglo XIX, don Quijote no encarna los valores españoles sino los deméritos de la locura quijotesca que caracteriza al enemigo de España por excelencia, Napoleón, ejemplo de desmesura y desquiciamiento. Al final del mismo siglo XIX, sin embargo, y en medio de la crisis de la pérdida del poder colonial español, maltrecho y ya casi extinto, don Quijote es el símbolo patrio por excelencia tanto a la hora de reivindicar –sobre todo ante el enemigo estadounidense– el honor mancillado en Cuba y Filipinas, como a la hora de entender las diferencias entre los valores de España y de la Cataluña nacionalista. De ahí que poco después, en el contexto de la conmemoración del tercer centenario de la primera

⁵⁰ Marías, 1990, p. 278.

parte del *Quijote*, el personaje más importante de Cervantes —y por extensión de toda nuestra literatura— se convirtiera, por su acreditado peso simbólico, en un estímulo que aspiraba a concitar la mayor adhesión nacional en torno al resurgir de la grandeza de España y de los valores patrios, sin que faltasen, como hemos visto, tan singulares disidencias como la que encarna Ramiro de Maeztu.

Por fin, y en esa misma línea de reactividad que parece definir el uso de la fuerza simbólica que entraña el personaje, el españolismo de don Quijote impregna muy claramente algunas recreaciones narrativas de los siglos XX y XXI (las de Nicasio Pajares, Francisco García Núñez y Amando de Miguel), en las que el personaje se alza frente a los encontronazos de la diversidad identitaria española, siempre compleja, reivindicando la defensa sin fisuras de la unidad nacional, amenazada por las pretensiones nacionalistas de vascos y catalanes.

Un mismo autor y un mismo personaje, en fin, alumbran y suscitan lecturas e intenciones muy diferentes, cuando no opuestas, demostrando esa poderosa multiformidad que en ninguna otra manifestación de la creatividad alcanza las dimensiones conquistadas por la literatura. Con razón decía el añorado José María Casassayas, de cuya muerte se cumplen dieciséis años a tiempo de terminar de escribir estas palabras, que el *Quijote* es algo parecido a esa mágica bola de cristal en la que cada adivino acaba viendo lo que le conviene. Esa es la grandeza de la creación literaria, siempre abierta y siempre diversa, y esa es la grandeza de la obra cervantina, siempre viva, siempre fecunda y siempre inspiradora.

OBRAS CITADAS

- ANÓNIMO (1813). *Napoleón o el verdadero D. Quijote de la Europa, o sean comentarios crítico-patriótico burlescos a varios decretos de Napoleón y su hermano José, distribuidos en dos partes y cincuenta capítulos. y escritos por un español amante de su patria y de su rey desde primeros de febrero de 1809 hasta finales del mismo año*. Madrid: Imprenta de Ibarra.
- BAUER-FUNKE, Cerstin (2011). El cerco de Numancia de Cervantes. En Carmen Iglesias (Ed.), *Ortodoxia y heterodoxia en Cervantes* (33-42). Madrid: Centro de Estudios Cervantinos.
- CASTRO, Américo. (1980). *El pensamiento de Cervantes*. Barcelona: Noguer.
- CERVANTES, Miguel de (1984). *La Numancia* (ed. de Robert Marrast). Madrid: Cátedra.
- (1980) *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha* (ed. de Martín de Riquer). Barcelona: Planeta.
 - (1994) *Novelas ejemplares* (ed. de Frances Luttikheizen). Barcelona: Planeta.
 - (1997) *Los trabajos de Persiles y Sigismunda* (ed. de Carlos Romero). Madrid: Cátedra.
 - (2001) *La gran Sultana* (ed. de Florencio Sevilla). Alicante: Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes.
 - (2001) *El trato de Argel* (ed. de Florencio Sevilla). Alicante: Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes.
 - (2001) *Los baños de Argel* (ed. de Florencio Sevilla). Alicante: Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes.
- DARÍO, Rubén (1982). *Cuentos fantásticos* (ed. de José Olivio Jiménez). Madrid: Alianza Editorial.
- ESTRUCH, Joan (1992). Cervantes, instrumento de propaganda política en la coyuntura 1640-1650. *Cervantes*, 12 (1), 111-117.
- GARCÍA NÚÑEZ, Francisco (2006). *La estancia de don Quijote y Sancho en Don Benito*. Badajoz: Proines.
- LÓPEZ NAVIA, Santiago. (2005). *Inspiración y pretexto. Estudios sobre las recreaciones del Quijote*. Madrid: Iberoamericana Vervuert.

- (2008) La recreación literaria de don Quijote a la luz del nacionalismo españolista: don Quijote y Napoleón en la Guerra de la Independencia. En Alexia Dotras (coord.), *Tus obras los rincones de la tierra descubren. Actas del VI Congreso Internacional de la Asociación de Cervantistas* (427-440). Madrid: Centro de Estudios Cervantinos.

MARÍAS, Julián (1990). *Cervantes, clave española*. Barcelona: Círculo de Lectores.

MÁRQUEZ VILLANUEVA, Francisco (1975). *Personajes y temas del Quijote*. Madrid: Taurus.

- (1984) El problema historiográfico de los moriscos. *Bulletin Hispanique*, 86 (1-2), 61-135.
- (2010) *Moros, moriscos y turcos de Cervantes. Ensayos críticos*. Barcelona: Bellaterra.

MESEGUER, Francisco (1809). *El Don Quijote de ahora con Sancho Panza el de antaño*. Impreso en Córdoba y por su original en México en la oficina de Doña María Fernández de Jáuregui, calle de Santo Domingo.

MIGUEL, Amando de (2016). *Don Quijote en la España de la reina Letizia*. Barcelona: Stella Maris.

MONTES, Jerónimo (1963). *El alma de don Quijote*. Madrid: Ediciones El Buen Consejo.

PAJARES, Nicasio (1930). *Don Quijote y Tío Sam. (Novela pseudohistórica y fantástica)*. Madrid: Compañía Ibero-Americana de Publicaciones.

PLATA, Fernando (2015). Ricote, un español fuera de España: identidad y espacios de libertad en Cervantes. *Hipogrifo*, 3 (2), 263-273.

RIERA, Carme (2005). *El Quijote desde el nacionalismo catalán, en torno al tercer centenario*. Barcelona: Destino.

STORM, Eric (1998). El tercer centenario del *Don Quijote* en 1905 y el nacionalismo español. *Hispania*, 58 (199), 625-654.

VILLAR, Alicia (2008). "Doquiera que estamos lloramos por España" (*Quijote*, II, 54). En Felipe Pedraza y Rafael González Cañal (coords.), *Con los pies en la tierra: Don Quijote en su marco geográfico e histórico* (pp. 183-194). Cuenca: Universidad de Castilla-La Mancha.

VIVAR, Francisco (2000). El ideal *pro patria mori* en *La Numancia* de Cervantes. *Cervantes*, 20 (2), 7-30.